AUTORIDAD DE LA IGLESIA

La autoridad de la Iglesia católica exige hacer una distinción entre Iglesia y clero, entre Iglesia y Jerarquía, entre Iglesia y laico. Todos ellos no son la Iglesia, son de la Iglesia.

La Iglesia en sí es un término exacto y participado de algún modo en todos los hombres del mundo. Asamblea, comunidad del pueblo de Dios. De Dios. Es la idea divina de la unidad universal en la que confluye toda pluralidad real.

En su sentido universal sorprende la comunidad que toda persona humana, por el hecho de serlo, tiene con todas las demás; y lo mismo que coinciden en un mismo mundo, también coinciden bajo el manto de un único Dios, que ha hecho acto de presencia como tal. (Las creaciones y creencias humanas no me importan nada de nada como no sea como manifestación de la facundia de nuestro ingenio creativo).

En toda persona y en este mundo hay algo divino y creatural innegable. Ideologías aparte: el mundo está ahí, las personas también, y Dios también –repito- ha hecho acto de presencia siempre. En esto (de Iglesia como comunidad universal ineludible) pasa como con el concepto de ley natural que se identifica con el buen sentido del cual es imposible prescindir, lo mismo que es imposible pensar sin pretender la verdad puesto que lo que se piensa siempre es como verdad, y cuando se piensa una payasada o una mentira se piensan como payasada verdadera y como mentira verdadera en contra de la verdad real, que o es copia de lo real o no es nada.

No existe realidad alguna que no tenga nada que ver con Dios. (Existen unos seres muy fluidos, llamados hombres que son capaces de decir que son elefantes carnívoros y volátiles...de hecho lo estoy diciendo). Eso que tiene de bien o de

coincidente y común, le viene de su Autor, eso común, eso ha nacido del corazón de Dios al cual Benedicto XVI aplica un término erótico. (Hemos salido del corazón de Dios y sin Él somos un ser absurdo, sin sentido). Es claro: Dios no puede menos de reconocer que lo existente ha nacido de un acto suyo de infinita bondad, no por habernos hecho infinitos, sino finitos y capaces de recibirlo como nuestra grandeza esplendorosa. (Cfr. nuestro título "mal")

Se ve que universalidad, pluralidad y unidad son análogos aspectos de un ser común. La unidad no contraría de ningún modo la universalidad real, ni la pluralidad. El mundo es uno, conformado por una pluralidad. Universidad e Iglesia es lo mismo. Todo lo que rompa esto, es infrahumano, es irreal, es deleznable.

La jerarquía católica no es la Iglesia católica que es de Dios pero no es Dios. Las personas que no son católicas pueden tener más o menos cosas auténticas y divinas, pero les falta la integración en la unidad universal (en la universalidad) que es lo mismo que la Iglesia católica, es de ella y ella de Dios. El misterio, el ser real del mundo, de los pueblos y de las creaciones humanas, o conforman la Iglesia y se coordinan en ella, o han caído en la irrealidad, en el cisma, en la ruptura, en la quiebra, en Babel producido por el antojo. La razón de ser del hecho histórico nacido desde Jesucristo de la Jerarquía católica es la integración de la Humanidad entera, empezando por ella misma que –como fieles– han de procurar integrarse en esa idea divina innegable. No es una cuestión banal la unidad: ¡Deus et omnia! ¡Deus et únitas! ¡Deus et Charitas! ¡Los enemigos de la unidad son enemigos reales de Dios!

Ni siquiera los errores personales, ni siquiera los pecados o perversiones personales, pueden oscurecer esta voluntad inmaculada divina.

Esta universalidad no es creación humana. Lo que los hombres debemos hacer es acatarla, constituirla, obedecerla. ¡Los que lucharon y mataron a Jesús, creían en Dios, pero no creyeron en lo que le proponía¡ ¡Nosotros sólo podemos ya ser fieles o infieles, creadores, no!

Pasa con esto algo semejante a lo que pasa con el término Dios. El término Dios en toda su extensión sólo se encuentra en la Iglesia católica porque si algo no estuviese en ella no reconocido por su jerarquía, sin embargo a ella pertenece. ¿ Por qué? La Iglesia católica es anterior a ella misma, es una idea divina, que obliga a los mismos católicos a encarnarla por la penitencia y obediencia. Porque toda la verdad que a Dios corresponde, quiso Él que se encerrase dentro de la unidad, y fuera de esa unidad no tiene el sentido debido tal cual Dios lo ha querido. (No es posible vivir fuera de la piel, salirse de su sombra, pues esto es igual). Por lo cual todo hombre ha de intentar integrar todo lo que vea como bueno en la unidad católica. La estructura católica –por voluntad divina- está llamada a vertebrar el mundo. Y toda comunidad humana tiene –por derecho divino- derecho a integrarse en mayor o menor grado en ella, y debe emplearse para en ella integrarse, o identificarse. Dios quiere la comunidad universal. Si por razones subjetivas no se puede más integración, se ha de poder menos.

En Dios evidentemente –con unas reales connotaciones- creen los musulmanes. Es verdad, es verdad, en eso son universales, son Iglesia católica. Son, porque esa verdad es por voluntad divina única y universal. Pero les faltan muchos datos sobre ese mismo Dios y su voluntad: no saben que quiere divinizarnos y en eso consiste el Cielo; no saben que Él es Cristo-Jesús; no saben que Él es la Eucaristía; no saben que el Espíritu Santo es Dios. Se ve que la pertenencia a la Iglesia está inscrita en la realidad siempre universal. ¡Pero la voluntad expresa del Señor es la unidad universal pues nadie tiene capacidad ni

poder de rebajar este plan divino¡ Otro asunto es la consideración de modos de cultura, de organización, o educativos o de gobierno, que se valoran por su misma naturaleza y eficacia, y que Europa –por su perversión- a manos de sus propios hijos, ha perdido lamentable y patéticamente. Ha faltado mucha fidelidad, ha abundado el pecado, y la apostasía y la perversión.

Los judíos. Creen en Dios verdadero. Creen. Pero no creen en todo lo restante que Dios ha querido. Y de esta manera tampoco se alcanza la unidad divina.

Y el protestantismo. Ése, no se si en cierto modo no será el peor el error de fondo. Sí, porque al entronizar la conciencia, al romper la unidad, hace un estropicio inenarrable. En la Sagrada Escritura siempre aparece un solo pueblo atado a los requerimientos divinos. ¡La Iglesia una es el sueño divino para el mundo entero¡ ¡Y quien tenga noticia de ello ha de luchar con todas sus fuerzas no simplemente para una confesión de fe, sino para integrar a todos, sin perder lo que ellos son. Se trata de que todo se integre, recabar la propia integración.

La jerarquía de la Iglesia católica por ser autoridad (participada, limitada por Dios mismo) tiene una capacidad causativa que es de carácter importante y grave. Y no puede arredrarse, porque el miedo implicaría fomentar en los fieles la herejía o desorden implícito. Además privaría a los fieles de esa ayuda defensiva, que se verían privados de la fuerza divina que la autoridad de por sí tiene por la identidad que con Dios procura. La jerarquía es un instrumento divino que no puede tolerar ni disimular la función misericordiosa de la autoridad. La misericordia divina consiste en una auténtica autoridad. No se puede permitir que se instaure la autoridad de la rebelión. Los fieles que aceptan la santidad de la Iglesia de Dios han de aceptar ser guiados, y corregidos, -y voy a decir algo chocante- incluso

–por amor de Dios- sufrir la injusticia que la ofuscación humana conlleva. Pero la jerarquía que no ejerce, sino que disimula la autoridad de que goza, causa daños gravísimos e incalculables. Si se pide a las autoridades civiles que defiendan esto y lo otro, la jerarquía de la Iglesia –por la sabia y fuerte misericordia de Dios- no puede cambiar el arrepentimiento humano por otro modo de participar de ese amor divino. Está para poner a los fieles muchas veces entre la espada y la pared.

Pues bien, los jerarcas (la clerecía por ejemplo) no es la Iglesia, pero es de la Iglesia, y es causa, y puede salvar su alma o condenarla. Dios no ha creado la Iglesia y su sagrada jerarquía en vano. La tolerancia contra la rebelión, es cobardía. La tolerancia en la Iglesia se llama arrepentimiento, conversión y confesión de toda la fe y moral. Arrepentimiento, vida fiel, o...¡fuera! hasta que la gracia de Dios y la decisión personal les traigan a las puertas abiertas de la misericordia. Pero destrozar desde dentro el templo de Dios,... ni por mientes.

La pertenencia a la Iglesia por parte de todos los fieles ha de ser explícita. Y si no, deben ser considerados al menos como necesitados de un tiempo de reforma. Los fieles necesitan cuidados, y si no los reciben, perecen. Los fieles han de ser purificados personal y explícitamente. ¿De qué le sirve a la jerarquía considerar dentro de la Iglesia católica a quien no confiesa, ni cree, ni ejerce, sino que se calla quizá por desprecio a tal antigualla? ¿Es lícito y honesto contar como fieles a los que ni siquiera se les propone qué les pide Dios? No, es una inmoralidad como una casa.

En razón de esto y del mismo modo, los laicos, no son la Iglesia pero son de ella. Ellos no sólo han de manifestarlo explícitamente, por escrito con alma y calma su fe en los misterios elementales; ellos han de configurar su vida civil

y profesional conforme a la deontología moral propia. ¿Cómo es posibles que los laicos católicos actúen en el mundo profesional y político como si no fuesen católicos? ¿Para qué está la doctrina católica –maravillosa- necesaria para el bien del mundo sobre el estado, los concejos o ayuntamientos, la vida humana...? ¿Para qué es una jerarquía, una autoridad, que no manda sino que sólo hace bandos, cual pasquines, que crean ambiente? ¿Es esa una Iglesia? ¿Basta con no negarse a dejar pasquines y alguna campana en la misma plaza entre las casetas de la democracia? Parece que no.

Manuel Lago González. Sacerdote. Lic. en Teología por la Universidad de Navarra.

Dirección: C. San Roque, n. 22. Parroquia de San Pablo. 36. 205. Vigo. Pontevedra. España.